«No existen muchas Vírgenes. Existe una sola Madre de Dios, contemplada bajo múltiples títulos que revelan la riqueza de su misión en la historia de la salvación.»

Pocas preguntas son tan frecuentes entre católicos y no católicos como esta: **¿por qué los católicos tienen tantas Vírgenes? ¿No debería existir solamente una? ¿Quién es la Virgen del Pilar? ¿Y la del Carmen? ¿La de Fátima? ¿La de Guadalupe? ¿Son personas diferentes?**

Estas dudas son completamente comprensibles. A primera vista, la enorme cantidad de imágenes, nombres, fiestas y santuarios puede dar la impresión de que existen muchas «Vírgenes» distintas. Sin embargo, la realidad es exactamente la contraria.

La Iglesia Católica siempre ha enseñado que **solo existe una única Virgen María**, la Santísima Madre de Jesucristo, Madre de Dios (*Theotokos*), Inmaculada desde el primer instante de su concepción, siempre Virgen y elevada al Cielo en cuerpo y alma.

Entonces…

¿Por qué recibe tantos nombres?

La respuesta nos introduce en una de las riquezas espirituales más bellas del cristianismo: **las advocaciones marianas**.

Lejos de dividir la devoción, las advocaciones muestran cómo una misma Madre se hace cercana a pueblos, culturas y momentos históricos distintos, manifestando diversos aspectos de la única misión que Dios le confió.

Comprender esto no solo aclara una duda muy extendida, sino que permite descubrir la extraordinaria profundidad de la espiritualidad mariana.

¿Qué es exactamente una advocación?

La palabra **advocación** proviene del latín *advocatio*, que significa invocación o llamada.

En el lenguaje de la Iglesia, una advocación es un **título con el que los fieles invocan a la Santísima Virgen, recordando algún aspecto particular de su vida, una verdad de**

fe, un privilegio concedido por Dios, una aparición reconocida por la Iglesia o una especial protección experimentada por un pueblo cristiano.

Es decir:

No cambia María.

Cambia la manera en que los creyentes contemplan alguno de sus atributos.

Es parecido a cómo Jesucristo recibe muchos títulos:

- Cordero de Dios
- Buen Pastor
- Rey del Universo
- Hijo de David
- Emmanuel
- Pan de Vida
- Luz del Mundo
- Alfa y Omega

No existen muchos Cristos.

Existe un solo Cristo contemplado desde diversas facetas de su misterio.

Lo mismo ocurre con María.

Una sola Madre para toda la Iglesia

Cuando Isabel recibe a María en su casa exclama:

> ***«¿Quién soy yo para que la Madre de mi Señor venga a mí?»***
>
> *(Lucas 1,43)*

Desde los primeros siglos los cristianos comprendieron que María ocupa un lugar absolutamente único.

No es una diosa.

No es una divinidad femenina.

No sustituye a Cristo.

Toda su grandeza consiste precisamente en conducir hacia Él.

Como dijo durante las bodas de Caná:

> ***«Haced lo que Él os diga.»***
>
> *(Juan 2,5)*

Toda verdadera devoción mariana termina siempre en Jesucristo.

Nunca en María misma.

¿Por qué surgieron tantas advocaciones?

Las advocaciones aparecieron de forma natural a medida que el cristianismo se extendía por el mundo.

Cada pueblo comenzó a experimentar la protección maternal de María en circunstancias concretas.

Unas veces durante epidemias.

Otras durante guerras.

Otras tras milagros.

En ocasiones por apariciones.

En otras simplemente por una tradición muy antigua.

Cada una fue enriqueciendo el patrimonio espiritual de la Iglesia.

Así nacieron nombres como:

- Nuestra Señora del Pilar
- Nuestra Señora del Carmen
- Nuestra Señora del Rosario
- Nuestra Señora de Lourdes
- Nuestra Señora de Fátima
- Nuestra Señora de Guadalupe
- Nuestra Señora de Covadonga
- Nuestra Señora de Montserrat
- Nuestra Señora de Loreto
- Nuestra Señora del Perpetuo Socorro
- Nuestra Señora de la Medalla Milagrosa

Todas ellas hacen referencia exactamente a la misma Madre de Jesucristo.

Las advocaciones según su origen

Las advocaciones pueden agruparse en varias categorías.

1. Advocaciones relacionadas con un misterio de María

Se centran en verdades dogmáticas o momentos importantes de su vida.

Por ejemplo:

- Inmaculada Concepción
- Asunción
- Madre de Dios
- Virgen Dolorosa

- Visitación
- Presentación de María

Aquí no se recuerda un lugar, sino una verdad revelada.

---

2. Advocaciones relacionadas con apariciones

En algunos momentos de la historia Dios permitió apariciones privadas reconocidas por la Iglesia.

En ellas María pidió oración, penitencia y conversión.

Ejemplos:

- Lourdes
- Fátima
- Guadalupe
- La Salette

La Iglesia distingue cuidadosamente entre la Revelación pública, concluida con la muerte del último Apóstol, y las revelaciones privadas, que nunca añaden nuevas verdades de fe, sino que ayudan a vivir con mayor intensidad el Evangelio.

---

3. Advocaciones vinculadas a un lugar

En numerosos santuarios la devoción fue creciendo alrededor de una imagen particularmente venerada.

Así nacieron advocaciones como:

- El Pilar (Zaragoza)
- Covadonga
- Montserrat
- Aránzazu
- Candelaria

El nombre hace referencia al lugar, no a una persona distinta.

---

4. Advocaciones relacionadas con una misión espiritual

Algunas expresan el modo en que María ejerce su maternidad.

Por ejemplo:

- Auxiliadora
- Consoladora de los Afligidos
- Refugio de los Pecadores
- Reina de la Paz
- Madre del Buen Consejo
- Madre de la Divina Gracia

Estos títulos aparecen incluso en las Letanías Lauretanas.

¿Inventa la Iglesia nuevas Vírgenes?

No.

La Iglesia jamás ha enseñado que existan varias Marías.

Todo lo contrario.

El Concilio de Éfeso (431) proclamó solemnemente que María es **Theotokos**, Madre de Dios, afirmando así la unidad de su persona y su papel único en el misterio de Cristo.

Posteriormente, la reflexión teológica y la piedad popular fueron desarrollando diversos títulos que expresan la riqueza de esa misma maternidad espiritual.

La Biblia ya anticipa la grandeza de María

María misma profetizó:

> ***«Desde ahora todas las generaciones me llamarán bienaventurada.»***
>
> *(Lucas 1,48)*

Esta frase resulta sorprendente.

No dice:

«Algunos.»

Ni:

«Los cristianos del siglo I.»

Dice:

Todas las generaciones.

Y eso es precisamente lo que ha sucedido durante dos mil años.

Cada cultura la ha honrado.

Cada lengua le ha cantado.

Cada nación ha encontrado en ella una Madre.

¿Es idolatría venerar imágenes de la Virgen?

Esta es otra cuestión muy frecuente.

La respuesta de la Iglesia ha sido constante desde los primeros siglos.

No.

Porque la adoración (*latría*) pertenece exclusivamente a Dios.

A los santos se les tributa veneración (*dulía*).

Y a María una veneración singular llamada **hiperdulía**, debido a su incomparable dignidad como Madre de Dios.

La imagen nunca es el objeto final del culto.

La imagen remite a la persona representada.

Exactamente igual que un hijo besa la fotografía de su madre sin pensar que el papel sea su madre.

¿Qué dice el Catecismo?

El Catecismo de la Iglesia Católica enseña:

> *«El culto de la Iglesia hacia la Santísima Virgen es un elemento intrínseco del culto cristiano.»*

No es un añadido sentimental.

Forma parte de la vida espiritual porque María está inseparablemente unida a Cristo.

Las advocaciones muestran la universalidad de la Iglesia

Uno de los aspectos más hermosos es comprobar cómo María habla todos los idiomas.

En México aparece como Guadalupe.

En Portugal como Fátima.

En Francia como Lourdes.

En España como el Pilar.

En Polonia como Czestochowa.

En Irlanda como Knock.

En Japón es venerada también bajo títulos propios.

En África surgen advocaciones profundamente arraigadas en la evangelización.

No cambia María.

Cambia el corazón humano que descubre en ella una cercanía particular.

María nunca ocupa el lugar de Cristo

Este punto resulta esencial desde el punto de vista teológico.

Toda auténtica mariología es profundamente cristocéntrica.

El Concilio Vaticano II, en la constitución *Lumen Gentium*, presenta a María siempre en relación con Cristo y con la Iglesia. Su misión consiste en conducir a los hombres hacia su

Hijo y cooperar maternalmente con la obra de la salvación, sin disminuir en nada la mediación única de Jesucristo.

Como enseña san Pablo:

> ***«Porque hay un solo Dios, y un solo mediador entre Dios y los hombres: Jesucristo hombre.»***
>
> *(1 Timoteo 2,5)*

La mediación maternal de María participa de la única mediación de Cristo y depende totalmente de ella; no la sustituye ni la oscurece.

Toda auténtica devoción mariana conduce a un amor más profundo por Jesucristo, a una vida sacramental más intensa y a una fidelidad mayor al Evangelio.

La riqueza espiritual de las advocaciones

Cada advocación ilumina una dimensión concreta de la vida cristiana.

La Virgen de los Dolores enseña a permanecer fiel junto a la Cruz.

La Virgen del Rosario invita a contemplar los misterios de Cristo mediante la oración perseverante.

La Virgen del Carmen recuerda la esperanza de la salvación y el compromiso de vivir revestidos de Cristo.

La Inmaculada Concepción proclama el triunfo de la gracia sobre el pecado.

Nuestra Señora del Perpetuo Socorro manifiesta el auxilio constante que María ofrece a quienes acuden a ella con confianza.

Así, las advocaciones no fragmentan la figura de María; más bien permiten contemplar, como

si se tratara de un diamante de múltiples facetas, la inmensa riqueza de su misión maternal.

La dimensión pastoral de las advocaciones

Desde una perspectiva pastoral, las advocaciones ayudan a los fieles a descubrir que María acompaña la vida concreta de sus hijos.

Quien atraviesa una enfermedad puede acudir a Nuestra Señora de Lourdes.

Quien busca fortaleza en la prueba encuentra consuelo en la Virgen de los Dolores.

Quien desea crecer en la oración contempla a Nuestra Señora del Rosario.

Quien emprende un viaje puede encomendarse a Nuestra Señora de Loreto.

Estas devociones, cuando están bien orientadas, no sustituyen la vida sacramental ni la Palabra de Dios; las fortalecen. Alimentan la confianza filial y recuerdan que la Iglesia no camina sola, sino acompañada por aquella a quien Cristo entregó como Madre al discípulo amado:

> ***«Mujer, ahí tienes a tu hijo… Ahí tienes a tu madre.»***
>
> *(Juan 19,26-27)*

La tradición de la Iglesia ha visto en este pasaje no solo un gesto hacia san Juan, sino también un signo de la maternidad espiritual de María para todos los discípulos de Cristo.

Una respuesta para nuestro tiempo

Vivimos en una época marcada por el individualismo, la incertidumbre y la pérdida de referentes espirituales. En este contexto, las advocaciones marianas recuerdan una verdad profundamente consoladora: Dios ha querido que la Madre de su Hijo sea también nuestra Madre.

Las diferentes advocaciones muestran que el Evangelio puede encarnarse en todas las culturas sin perder su esencia. María no pertenece a un solo pueblo, sino a toda la Iglesia. Bajo diversos títulos, invita siempre a la conversión, a la oración, a la penitencia, a la caridad y a la esperanza.

Frente a una sociedad que con frecuencia confunde la libertad con el alejamiento de Dios, María continúa señalando el mismo camino que indicó en Caná: «Haced lo que Él os diga». Esa sigue siendo la síntesis de toda espiritualidad mariana.

Conclusión: muchas advocaciones, una sola Madre

La próxima vez que contemples una imagen de la Virgen del Pilar, de Guadalupe, del Carmen, de Fátima o de Lourdes, recuerda que no estás ante «otra Virgen».

Estás contemplando a la misma María, Madre de Dios y Madre de la Iglesia, venerada bajo un título que resalta una faceta concreta de su amor maternal o un acontecimiento de la historia de la salvación.

Las advocaciones son como diferentes ventanas abiertas hacia un mismo misterio. Cada una deja entrar una luz particular, pero todas iluminan el mismo rostro: el de la humilde esclava del Señor que acogió la Palabra, permaneció fiel junto a la Cruz y continúa acompañando maternalmente a los discípulos de Cristo.

Conocer las advocaciones no debe quedarse en una curiosidad histórica o cultural. Debe llevarnos a redescubrir el lugar que María ocupa en el plan de Dios y a imitar sus virtudes: su fe inquebrantable, su humildad, su obediencia, su pureza, su esperanza y su amor.

Porque, al final, el verdadero sentido de toda advocación mariana no es multiplicar nombres, sino conducirnos, por el camino seguro de la Madre, hacia el único Salvador del mundo: Jesucristo.